UTILIDAD. ILUSTRACION. BARATURA.

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

NUEVA PUBLICACION EN ESPAÑA. — UNA ENTREGA CADA DOMINGO.

ENTREGA 8ª.

Es propiedad.

SE SUSCRIBE EN BARCELONA

En la libreria de J. Verdaguer, Rambla frente al Liceo.- Sala hermanos, calle de la Union.- Subirana, plaza de la Constitucion.- Oliveres, calle Ancha y Fusteria.- Manero, frente al teatro Principal, nº 7. - Ginesta, calle de D. Jaime I. - Cerdá, plaza del Angel. - Garcia, calle de la fuente de San Miguel.

MADRID.

Libreria de C. Moro, calle Valverde, n.º 28, y Cuesta, calle Mayor; y en las principales librerias del reino.

Toda correspondencia se dirigirá franca á D. Antonio Font y Comp.ª, en la Libreria de Joaquin Verdaguer, Rambla, n. 5, Barcelona.

PRECIO.

En Barcelona, por 4 entregas llevadas á domicilio . . . . 2 rs.
En Madrid, por id. . . . . 2 1/2.
En las Provincias, por id. . . 3 rs.
Cada Entrega suelta **6 *cuartos*.**

Cada mañana recibió los veinte y cinco latigazos. (Pág. 58, col. 2ª.)

SUMARIO.

NOVELAS: Un negro cimarron, por M. Armand Garreau. — **El Secreto de Polichinela,** por M. Adriano Robert. — **VIAJES: Diario de una Institutora en Rusia,** por la Señorita Maria Néville. — **VARIEDADES: La vida.** Máximas de hombres célebres.

RECUERDOS DE ULTRAMAR.

Un negro cimarron.

POR **M. ARMAND GARREAU.**

Hallábame yo á bordo del hermoso bergantin noruego *América*, que hacia la travesía de Burdeos á Nueva Orleans, y en el cual iba tambien un jóven paisano charentés, modesto, suave, sencillo y pacífico, que se dirigia, como otros muchos, á la Luisiana, con la esperanza de hacer fortuna.

Este jóven no tenia estado, ni se reconocia con algun talento especial, ni contaba con una educacion muy brillante, de suerte que viajaba á la ventura; sin proyectos, ni conocimientos, ni recursos, pero con la firme resolucion de atropellar por todo.

Tenia una constitucion hercúlea, pero sus facciones arguian una índole suave y una hombría de bien á toda prueba.

Dos meses despues de haber llegado á la capital de la Luisiana, le encontré en la bolsa de San Luis y le pregunté sobre su situacion.

M. Lamoureux, que así se llamaba, continuaba desocupado, y para colmo de desgracia, se le iban agotando los pocos recursos que habia llevado. En semejantes circunstancias empezaba á tener menos fé en el porvenir, y no obstante su apatía habitual estaba triste, inquieto y taciturno.

—Sino os repugnase el empleo de *capataz* en una hacienda, le dije, sé uno que está vacante.

—¿Capataz? replicó con entusiasmo, no sé cuales son las ventajas ni los inconvenientes de semejante cargo, pero prefiero un empleo cualquiera á la miseria que me está amenazando.

—Pues bien: id inmediatamente, no sea que se presentase otro.

Y esto diciendo le di las señas de la hacienda de M. D., á quien me abstengo de nombrar enteramente, ya porque aun existe, ya porque los pormenores de mi relato no le hacen mucho favor. M. D..... es el tipo de estos antiguos criollos ignorantes, orgullosos, groseros y crueles cuyo número afortunadamente va decreciendo mas y mas cada dia.

El empleo de capataz es indispensable en una hacienda de alguna cuenta, pero no basta con tener energía para desempeñarle. Empuñar el látigo continuamente, ocuparse noche y dia en una activa vigilancia, estar dispuesto á tratar á los negros como si fueran acémilas, mostrar severidad y castigar cruelmente la menor falta: tales son los deberes de un buen capataz.

M. Lamoureux estaba muy léjos de reunir las *calidades* necesarias para desempeñar el cargo de capataz, mas en cambio era ancho de espaldas y tenia una estatura de cinco piés y seis pulgadas, unos puños tamaños como la cabeza de un niño de seis meses, unos piés algo semejantes á una caja de violin, y una voz de bajo profundo que á buen seguro le envidiara el mas pintado sochantre.

—He aquí el hombre que necesito, dijo M. D.... para

© Biblioteca Nacional de España

sí cuando aquel Hércules fué á ofrecerle sus servicios para dirigir los trabajos de la hacienda.

Al otro dia mi compatriota, provisto de un largo látigo, que era la insignia de su empleo, conducia á los *negros* á las faenas de costumbre.

Mas de cuatro meses estuve sin verle.

Un dia atravesaba yo la calle de Condé cuando repentinamente oí el grito con que los mercaderes ambulantes llamaban á sus clientes.

—A picallon! á picallon! (1).

No pudo menos de llamar mi atencion la fuerza pulmonar con que se echaba aquel grito, y habiéndome acercado para escuchar una voz que no me parecia nueva, no fue poca mi sorpresa al reconocer á Lamoureux, *vestido con un sayo* de tela parda, con una caja llena de frioleras que ofrecia á un picallon cada una.

—¡Calle! ¿sois vos? esclamé con sorpresa.

—El mismo, respondió con un tono resuelto que jamás habia observado en él.

—Pero ¿y vuestro empleo de capataz?

—No me hableis de semejante empleo, porque prefiero un millon de veces este ejercicio al de capataz. Los primeros dias me repugnaba mucho callejear con este mostrador portátil, pero luego reconocí la exactitud del proverbio: *No hay oficio despreciable*, y en la actualidad me parece que no he hecho otra cosa en mi vida. Por lo demás, á menos que me sobrevenga alguna desgracia, cuento con ahorrar anualmente mas de seis mil francos.

—Pues adelante; pero ¿porqué dejasteis el empleo de capataz?

—Seria largo de contar, pero sino teneis á mengua penetrar en el café vecino para tomar un vaso de cerveza ó de *sodawater* con un mercader ambulante, os referiré algunos pormenores que no dejan de ser interesantes.

Acepté la propuesta, y habiéndonos sentado en frente uno de otro, Lamoureux me hizo en voz baja la relacion siguiente, porque en Nueva Orleans la prudencia aconseja que se oculten ciertos sentimientos filantrópicos para no pasar plaza de abolicionista.

—Mucha fué mi admiracion al ver la escelente acogida que se me dispensó en la hacienda de M. D..... Este se formó inmediatamente la mas alta idea de mí, pues no parece sino que reuno todas las circunstancias físicas que cumplen al empleo: así es que el plantador estaba entusiasmado, y que mi entrada en el campo de los negros produjo una sensacion muy profunda.

Pero ¡ah! pronto se conoció que mi estatura de ogro encerraba un alma muy poco feroz. El amo tuvo que suplir mi insuficiencia redoblando su severidad, y los necios de los negros, en vez de bendecir á la Providencia que les enviaba un vigilante tan benévolo, se empeñaron en hacerme soportar las miserias que yo deseaba evitarles.

Cada dia era víctima de algun delito cometido por los negros. Desaparecian las provisiones que habia allegado en mi estancia para *miras personales*, mi tabaco, mi aguardiente, mi azúcar, mi vino; pero no solamente no me atrevia á perseguir á los culpables, sino que tampoco me aventuraba á quejarme, porque conocia los terribles castigos á que se hubieran visto condenados los *insolentes ladrones*. Ya dos ó tres veces habia presenciado la ejecucion de los castigos impuestos por M. D..., y me estremecia la idea de ser la causa de tan crueles correcciones.

El plantador sin embargo, viendo que en su hacienda *no resonaba el látigo con* la frecuencia habitual, me reconvenia severamente por mi escesiva indulgencia; pero yo, por mas que quiera, no sé castigar á sangre fria, y así es que todas las observaciones de M. D.... eran infructuosas. Verdad es que la insolencia de los negros habia llegado al colmo.

Por repugnante que sea confesarlo no puede negarse que por medio de la suavidad es imposible sacar ningun partido de aquella raza. Mi predecesor los habia tiranizado, y ellos le obedecian como perros; pero yo no me atrevia á castigarlos, y sin embargo me hubieran martirizado á fuerza de robos y travesuras. No se me oculta sin embargo que todos ellos se hubieran arrojado al fuego por mí, y esto es lo que me hubiera inducido á continuar en mi empleo si el amo hubiese sido de diferente índole.

Por un solo hecho juzgareis de los muchos sinsabores de mi posicion y del temor que yo inspiraba á los *doscientos esclavos de la hacienda*. Hacia algunos dias que M. D.... habia ido á la ciudad dejándome solo en la casa: los negros se empleaban en cortar cañas, y habiendo sobrevenido ya algunas heladas era preciso verificar la cosecha con rapidez, porque un repentino deshielo la *hubiera comprometido*. No se me habian ocultado ciertas señas de inteligencia entre los negros, pero no les daba la menor importancia, y aun estrañaba que trabajaran con un zelo que jamas habian manifestado; pero por la noche, mientras estaba atravesando un puente de *madera echado en el canal* de la hacienda, *rompióse* el puente y caí con el caballo en un agua negra é infecta. El caballo quedó ahogado, y yo dificilmente pude salir de aquel abismo de cieno, como que sin el socorro de los negros hubiera perecido indudablemente. ¿Podreis creer que *aquellos bribones* reian á carcajada suelta al ver el lastimoso estado en que me habian puesto, pues ellos eran precisamente los que durante mi ausencia se habian entretenido en cortar los estribos del puente?

Cuando tuve noticia de semejante villanía, no pude resistir al deseo de distribuirles algunos latigazos, trocando sus carcajadas burlonas en gritos de dolor, pero luego me sobrecogió de nuevo mi debilidad natural, y no tuve otro recurso que disponer la reparacion del puente destruido para evitar á los culpables un castigo que me amedrentaba mas que á ellos.

No son sin embargo las travesuras de los negros lo que me indujo á despreciar el empleo de capataz, sino la crueldad de M. D...., de la que juzgareis con conocimiento de causa al saber la accion horrible que voy á referiros.

Habia en la hacienda un mulato de veinte años, robusto y atrevido, que despreciaba mis amenazas y las mas positivas correcciones de su amo. Este mulato estaba enamorado como suelen estarlo los negros á la edad de veinte años; llamábase Augusto, amaba á una negra de una hacienda situada á veinte millas de distancia, y es imposible hacerse cargo de la violencia de su pasion, pues es preciso ser negro ó mono para enamorarse hasta tan alto punto.

Una vez estuvo ausente durante una semana; M. D... quiso aminorar su entusiasmo administrándole veinte y cinco latigazos durante tres dias consecutivos y amenazándole con triplicar la dosis en caso de reincidencia.

Aun no habia trascurrido un mes, y Augusto, olvidando el castigo recibido y el castigo prometido, se fugó de nuevo. Difícil fuera describir el furor de M. D..., que llegó hasta el estremo de atribuir aquella reincidencia á mi debilidad diciendo que mi mala direccion seria la causa de la ruina de la hacienda.

Augusto estuvo ausente quince dias, durante los cuales permaneció en la cabaña de la negra que era el objeto de su pasion; mas habiéndole sorprendido el capataz de aquella hacienda, que por cierto no era tan tolerante como yo, le metió en la cárcel despues de haberle castigado con alguna severidad. Avisado por la policía, M. D....., consiguió la escarcelacion de su mulato pagando los gastos que habia ocasionado, mas esta última circunstancia aumentó su irritacion.

Augusto estuvo ocho dias en el cepo. Cada mañana recibió los veinte y cinco latigazos, que son el *maximum* de la pena que el amo puede imponer al esclavo, y así es que á los ocho dias el cuerpo del infeliz mulato era una llaga viva, pero M. D...., paraque no huyese de nuevo, le echó una argolla.

Esta consiste en un collar de hierro con tres ramales en direcciones opuestas. Este collar se echa al cuello del paciente, y así se le pone en la imposibilidad de huir por dos razones: primeramente porque la argolla le da á conocer como un esclavo *cimarron* y por consiguiente le conduciria á la cárcel, y luego porque con ella no puede refugiarse en el bosque, donde los ramales del collar, que suelen tener mas de dos piés de largo, se enredarian en la maleza.

Está prohibido con severísimas penas quitar el collar al esclavo, pues el amo es el único que tiene derecho á quitárselo.

Augusto permaneció pues en la hacienda, aunque apesar suyo, durante dos meses, mas en este espacio de tiempo se mostró tan dócil, tan laborioso y tan pacífico, como que M. D...., que estaba ciertamente interesado en librar al mulato de un peso que casi siempre deja señales indelebles y por consiguiente disminuye muy mucho el valor de un esclavo, concluyó por quitarle la argolla.

Al otro dia Augusto habia desaparecido por la vez tercera.

Yo temia que M. D... se cebara en mí, y es seguro que sin la anchura de mis espaldas me hubiera apaleado, *porque jamás he visto á un hombre mas enfurecido*. M. D... puso un anuncio en todos los periódicos de Nueva Orleans prometiendo 150 pesos de recompensa al que le divulgase el paradero del fugitivo, pero no habiendo producido este medio ningun resultado, el plantador determinó *ir personalmente en busca del esclavo*.

Dificilmente pueden los negros vencer sus pasiones, y por esto despliegan toda la astucia imaginable y toda la paciencia posible para satisfacerlas. No ignorando M. D.... esta circunstancia, se encaminó á la hacienda *donde la otra vez se habia sorprendido á Augusto*; escondióse con grandes precauciones, siguió constantemente las huellas de la negra de que estaba enamorado su esclavo, y á los ocho dias se restituyó á su casa con el mulato, á quien acompañaban dos agentes de policía.

Encerróse á Augusto *en un oscuro calabozo* cuya llave conservó M. D... Este no dirigió ni una sola palabra al fugitivo, pero la fuerza con que cerraba los labios y arrugaba la frente anunciaban una tempestad horrible.

Aquella misma tarde el plantador me envió un recado diciendo que me esperaba á comer, y debo confesar que no me gustó mucho semejante recado. Entregué á mi segundo el látigo que en mis manos era mas amenazador que peligroso, y me dirigí al comedor de M. D.., cuyo semblante ofrecia una espresion mas severa que de costumbre.

Durante la comida reinó el mas profundo silencio; mas al llegar á los postres, el plantador, á quien habia puesto mas risueño la influencia del ron y del wiskey, me dijo sonriendo:

—Señor Lamoureux ¿sabeis que ya tenemos á ese bribon de Augusto?

—¡Oiga! esclamé haciendo que lo ignoraba. ¿Cómo no estaba en el campo?

—¡Oh! no le vereis tan pronto, porque el malvado merece un castigo muy severo. ¡Tres veces cimarron! ¡infame! ¡ochenta pesos que me cuesta!

—¡Calle! dije meneando la cabeza, como si dijera: caros pagará los ochenta pesos.

—¿No os parece, Lamoureux, que es preciso imponerle un castigo de que se acuerde por mucho tiempo?

Yo no sabia que responder, porque á decir verdad, no me parecia muy grave el delito del pobre negro. Estar enamorado, hacer todo lo posible para acercarse á la mujer amada, arrostrar toda clase de peligros para verla.... todo esto, lejos de ser un crímen, es hasta cierto punto una virtud.

—El resultado es, dije vacilando, que ochenta pesos...

—¡Y tres veces cimarron!

—¡Cáspita!

—Pero bien ¿cuál es vuestro parecer?

—¡Mi parecer? ¡Qué sé yo!

—Sin embargo....

Rasqueme la cabeza como para escogitar una respuesta, porque deseaba acordar mi conciencia con mi situacion. Ya sabia yo que el pobre diablo seria castigado; pero pareciéndome que su delito no era tal, creí conciliarlo todo replicando lo siguiente:

—Parécemeque por espacio de ocho dias no le daria mas que maiz, y que ademas... le tendria quince dias encarcelado....

Y en esto me contuve para examinar el semblante de

(1) Un picallon vale 31 céntimos.

© Biblioteca Nacional de España

M. D....; pero viendo que en aquel rostro severo asomaba una sonrisa irónica, me apresuré á continuar diciendo:

—Y.... diez buenos latigazos.

Miróme el plantador con aire de compasion, y me preguntó concomiéndose:

—¿Habeis estado de ayudante en algun colegio?

—No por cierto, le contesté sin alcanzar el objeto de esta pregunta.

—¿De veras?

—De veras, M. D...., respondí con el mas insigne candor. Os lo juro...

—No jureis. Lo creo; pero vuestra dieta y encarcelamiento se parecen mucho á los castigos que suelen imponerse á los muchachos.

—Pero... ¡diez latigazos! añadí con aire de importancia.

—¡Qué disparate! dijo M. D.... Y el negro os escupiria á la cara para burlarse de vos, y con mucha razon. Vuestro cuerpo es ciertamente muy robusto, pero vuestro carácter es mas propio de una señorita que de un hombre. ¡Fuego de Dios! quiero educaros como corresponde. Vereis esta tarde misma de que modo se obtiene el respeto de los esclavos... ¿Habeis tenido alguna vez un gato?

Miré sorprendido á M. D..., y este reprodujo su pregunta.

—Sí, concluí diciendo, aunque no soy muy aficionado á unos animales tan hipócritas y malos.

—¿Y sabeis de qué medio se hace uso para que de noche no vayan por los tejados metiendo ruido?

—Sí, respondí ruborizado, porque tenia el instinto ó el presentimiento de un proyecto espantoso; pero M. D... se equivocó sin duda sobre la causa de mi evidente emocion, puesto que replicó diciendo:

—No hay que ruborizarse, vive Cristo. Quiero tratar á ese bribon de mulato como se trata á los gatos para que no vayan á correr ó maullar por los tejados.

—¡Ha, ha, ha! esclamé yo como sino tomase por seria aquella amenaza.

—Aprobais mi parecer ¿no es verdad?

—No deja de ser una idea muy... graciosa.

—Y me ayudareis ¿no es verdad?

A esta pregunta fijé la vista palideciendo en el rostro de M. D....

—¿No me comprendeis? Cuento con vuestro concurso para trocar al entusiasta mulato en un gato manso y pacífico.

—Y ¿lo decis de veras? pregunté vacilando.

—¡Por vida de sanes! ¿acaso tengo yo traza de burla? Sí señor, lo digo de veras, con todas veras: vamos á tomar un ponche, luego sacaremos al bribon, á quien tengo encerrado en este gabinete, y...

—Señor D...., esclamé yo levantándome, por nuestro honor hasta ahora me habia parecido que os estabais chanceando; pero conozco, como decis, que mi educacion es aun incompleta. Yo no he contraido todavía el hábito de tratar á los negros como si fueran perros, y no puedo consentir en que se martirice á un hombre, puesto que ni á un perro siquiera me atreveria á imponer semejante suplicio. Verdad es que me dais treinta pesos mensuales, mas no para mutilar á vuestros negros, sino para dirigirlos.

Y esto diciendo tomé el sombrero y salí del comedor sin aguardar la réplica del plantador. En el acto de salir, me pareció que el plantador esclamaba diciendo:

—¡Imbécil!

Es sin embargo muy digno de notarse que cuando un negro está encargado de la direccion de otros esclavos, suele ser mas cruel que los plantadores mas feroces.

No habiendo renunciado á su infame proyecto, M. D... llamó al sustituto, que se prestó sin vacilar á la voluntad del amo.

Tres dias despues el desgraciado mulato murió entre los mas horrorosos tormentos.

Aquella misma tarde me presenté en el cuarto del plantador, y le dije:

—Señor, hace cuatro meses que estoy en la hacienda, y á razon de treinta pesos mensuales alcanzo ciento y veinte. Tened la bondad de pagármelos, porque me marcho ahora mismo.

—¿Y porqué?

—Porque no puedo presenciar por mas tiempo unas atrocidades como las que estais cometiendo.

Levantóse furioso el viejo criollo para apoderarse del fusil que tenia junto á la cabecera de la cama, pero yo me apresuré á descargar mi poderosa mano sobre sus hombros, y le dije:

—Poco á poco, señor mio: harto sabeis que no soy malo, pero tampoco soy tan sufrido como acaso os imaginais. Para entregarme mis ciento y veinte pesos no se necesita el fusil para nada: vamos al despacho, y ajustemos cuentas, porque al fin y al cabo yo no soy negro, y si me asesinaseis como habeis asesinado á Augusto, seguramente no saldriais muy bien librado.

M. D.... es inteligente, pero mis puños tienen una elocuencia tal vez irresistible. El plantador se abstuvo de empuñar el fusil, pagóme sin replicar, y luego me dijo:

—Sin duda vais á desacreditarme en todas partes... pero... cuidado con ello...

—No, hombre, no soy tan loco como suponeis, pues conozco vuestra ley del *linch*, y si me atreviese á hablar en favor de vuestros negros, me tendrian por abolicionista y harto sé la suerte que cabe á los *negrófilos*... Pero creo en Dios, y de él únicamente espero el castigo que mereceis.

Cerré la puerta, y á los diez minutos salí de la hacienda con el firme propósito de morir de hambre antes que aceptar otro empleo de capataz.

He comprado esta caja, la he llenado de todas estas frioleras, y no tengo por que quejarme.

Tal es la relacion que me hizo el buen muchacho. Posteriormente he sabido que se habia marchado á la California con una pacotilla de que habia sacado muy buen partido.

Desde entonces no he dejado de ver varias veces á M. D.... Este hombre lleva una vida al parecer muy alegre, mas no son pocas las anécdotas que se refieren del género de la que me habia contado Lamoureux.

EL SECRETO DE POLICHINELA.

POR M. ADRIANO ROBERT.

Zafiro.

III.

He aquí que de repente apareció la marquesa en la escalinata.

—¿Qué ocurre pues? preguntó severamente.

—¡Una mujer! No le ofrezcamos un espectáculo de carniceria, dijo Dominico envainando la espada.

—Señora marquesa, esclamó Mandola corriendo á reunirse con Lucrecia: venis á propósito para librarnos de las garras de este soldado á quien hemos cometido la imprudencia de llamar.

—Es este desesperado Dominico, que viene de la guerra para casarse con la hermosa Fiamma, añadió Bustamante.

Y una sonrisa de triunfo asomó al rostro de la marquesa.

—*Bien está, dijo Lucrecia: dejadme sola con él.*

Mientras la marquesa estaba despidiendo á sus amantes para departir con Dominico, penetraba una berlina de viaje en el patio de la villa Alberti, y Zafiro, Fiamma y Cándida entraban en la galeria donde acababa de improvisarse un reducido teatro.

—Notificad nuestra llegada á la señora marquesa, y llevad el cofre de los trajes al cuarto que se nos destine, dijo el empresario al criado que los acompañaba.

Y los cómicos quedaron solos.

—¡Pobre Fiamma mia! dijo Zafiro tomando las manos de su prima y haciéndola sentar en un sofá. Esta maldita berlina te ha fatigado...

—Si por cierto, pero todavia me ha molestado mas el calor y el polvo del camino, contestó Fiamma quitándose la mantilla de encaje que cubria su elegante y rubia cabeza.

—¿Porque no ayudas á tu hermana? dijo Zafiro á Candida, que estaba distraida y pensativa.

—Tienes razon, amado primo, respondió Candida apresurándose á hacer de camarista de su hermana.

—Sí, amado primo... amado primo, añadió Zafiro concomiéndose.

—Vamos, Zafiro, no regañes á esa pobre niña, repuso Fiamma abrazando á su hermana.

—No, mas no parece sino que quiere hacerme rabiar con su apatia y su calma.

—Pero ¡Jesus! ¿qué he hecho yo para que me deteste? dijo la pobre niña engujando una lágrima.

—¡Hola! esclamó Fiamma contemplando los retratos que habia en la pared, ¿con qué vamos á trabajar en presencia de los antepasados de la señora Lucrecia Alberti?

La palabra retrato me recuerda los tres que he de bosquejar á grandes rasgos.

Comencemos por el de Polichinela.

Al atribuir á nuestro héroe una belleza punto menos que femenina, no habia exagerado ciertamente Panfilio: sus ojos eran grandes, azules, lánguidos y rasgados; su sedosa cabellera ofrecia aquel color rubio inglés á que tan aficionado era Reynold; su boca burlona ostentaba unos labios sumamente delgados; su tez era blanca como la de los héroes de las novelas de M. de Labaume, por sus manos y piés parecia un petimetre del tiempo de la regencia, y su talento era elegante y altivo como el de un oficial de mosqueteros.

Iba vestido de negro como un procurador, pero con una casaca de terciopelo, un chaleco de raso y unas medias de seda adornadas con perlas.

La única originalidad de tan elegante traje consistia en el color de los talones de sus zapatillas, que en vez de ser rojas, como las de la nobleza, formaban una figura de rombo amarilla, verde y encarnada.

Tales eran los colores de la librea de Polichinela, mas aunque nadie sabia si era por alusion, por escentricidad ó por capricho, no era posible confundir á Polichinela con la flor de los elegantes caballeros de Florencia.

Imperiosa como una infanta, entusiasta hasta el delirio y caprichosa como una criolla, la señorita Fiamma ofrecia moralmente la contradiccion mas curiosa con su aspecto físico.

Imposible era que se pareciese mas á Zafiro, aunque hubiera sido su hermana gemela: sus cabellos eran del mismo color; su voz y su mirada eran igualmente suaves.

Por lo que hace á Candida, basta con imaginarse una Cenicienta rolliza, de color pálido y mate, de ojos y cabellos negros y tersos, dispuesta fácilmente á ruborizarse como una fresa silvestre al mas inocente requiebro, triste ó alegre por acceso, y exenta de la presuncion de su belleza.

—Vamos, querido primo, repuso Fiamma con un suspiro ¿es poca por ventura la prueba que de amistad os he dado al venir á este sitio?

—La órden era formal, respondió Zafiro sacando una targeta del bolsillo, y no podiamos desobedecerla sin peligro.

—Es muy singular, continuó Fiamma con aire de despecho, que siempre tengamos que inclinarnos á todos los caprichos de esas grandes señoras, y satisfacer todos sus antojos... Zafiro, aun no he podido descubrir la causa del misterioso terror que al parecer te inspira la señora Lucrecia Alberti; pero estoy por creer que tu imaginacion inventa quimeras y las confunde con la realidad.

—Ojalá que... Pero ¡ah! no puedo ya hacerme ilusiones sobre este punto.

—Pero, ¿qué razones puede tener para aborrecerte?

—Calla, querida Fiamma, no me hables mas

© Biblioteca Nacional de España

Ah! contestó Zafiro, con un gesto melodramático, me mataria. (Pág. 60, col. 2ª.)

este asunto. Todo lo que puedo decirte es que nos hallamos sujetos todos á discrecion de esta mujer, porque mañana, si quieres, puede obligarnos á cerrar el teatro y tenerme seis meses encarcelado.

—¿Encarcelado? esclamaron aterradas las dos hermanas.

—Echad la culpa á las deudas de mi tia, de cuya responsabilidad me encargué al aceptar la herencia de Polichinela.

—¿Por qué?

—Porque esos créditos están en poder de la marquesa, que los ha comprado en tres mil zequines.

—¿Con qué objeto?

—¡Ah! esto es lo que yo no sé.

—Mucho temo adivinarlo, dijo Fiamma meneando tristemente la cabeza... ¡Pobre Zafiro!

—¡Con que es muy mala esa marquesa Alberti! dijo Candida con la mayor sencillez.

—¡Oh! replicó Fiamma: ya la desarmaremos esta noche, porque procuraremos hacerla reir, y le probaremos que con arruinar nuestro teatro se priva de un recurso victorioso para matar el tiempo los dias en que la atormenten los nervios y la jaqueca.

—Sí, dijo tristemente Zafiro, pues ¿qué somos ahora sino títeres? ¿Qué nos importa la tristeza? ¿Qué importa que fluya sangre del corazon si la máscara rie y se produce la voz en chorros insensatos? Ese es el mundo: yo me estaba muriendo de miseria en mi taller, porque nadie queria comprarme los cuadros mas acabados, ni aun á ínfimo precio, y habiéndome metido á gracioso, todos se disputan los bocetos firmados por la muleta de Polichinela. Yo no soy mas que un histrion, pero debo de serlo muy distinguido, puesto que...

—Eres un gran corazon, dijo Fiamma con emocion estrechándole la mano, como que has sacrificado tu porvenir al cumplimiento de un deber que sin duda dará grima á los mas osados.

—Por esto, añadió Candida con voz almibarada, te amamos con todo nuestro corazon y con toda nuestra alma.

—¡Oiga! ¿Quién te ha enseñado tan poética frase? preguntó Zafiro en tono de burla... Parece increible que una muchacha tan ignorante se atreva á producirse como pudiera hacerlo una heroina de novela. Mejor fuera que repasaras tu papel, por que me parece que va á faltarte la memoria.

La pobre niña bajó tristemente los ojos, y se dejó caer en un sillon derramando abundantes lágrimas.

—Eso faltaba: preguntale porque llora.

—Ven, hermanita mia, dijo Fiamma abrazando á Candida: yo te amaré por dos. ¡Vaya, Zafiro, que estás muy cruel con esa niña! Yo no puedo sufrir la severidad con que la estás persiguiendo; pero si nuestra compañia no te conviene, dilo francamente... Ayer mismo me ofrecieron dos mil ducados para que fuese á trabajar en Venecia durante el carnaval.

Unos tres minutos hacia que Zafiro estaba observando en un espejo á la marquesa Alberti, que estaba en pié, apoyada en el respaldo de un sillon, sonriendo y escuchando aquella contienda.

—¡Separarte... de mí, Fiamma! esclamó Zafiro con voz commovida... ¡Oh! No, no, no puede ser; no creo que fueras capaz de hacerlo.

—¿Y si lo hiciera?

—¡Ah! contestó Zafiro con un gesto melodramático, me mataria.

—Esta flecha rozó el semblante de Fiamma para herir á la marquesa en el corazon.

—¡Cómo la quiere! dijo la marquesa retirando el sillon en que se apoyaba.

—¡Hola! señora marquesa, esclamó Zafiro haciendo el sorprendido.

Inclináronse respetuosamente los tres cómicos á la vista de Lucrecia.

—¡Hola! querido Zafiro ¡sois vos! Habeis sido muy puntual, y debo daros las gracias por ello.

—Así mis camaradas como yo estamos siempre á las órdenes de la señora marquesa, dijo con tono humilde el empresario.

—Esas dos muchachas ¿son primas vuestras?

—Sí, señora marquesa, respondió Fiamma haciendo un esfuerzo para sonreirse.

—En verdad que son muy bonitas. Muy torpe anduvo ciertamente el público de Florencia en olvidar los hermosos ojos y la suave sonrisa de Argentina y de Isabel por las cantatrices del teatro Perdorlini.

—Sois muy indulgente, señora marquesa, repuso Fiamma, porque las cantatrices de quienes hablais son actrices de primer órden, y nosotros no somos otra cosa que muñecos. Los florentinos no necesitan ir al teatro Pasquarello para ver ojos hermosos y sonrisas amables.

—¡Oh! dijo la marquesa ruborizándose de satisfaccion, porque la humildad de su rival en presencia de Zafiro le daba una verdadera ventaja.

—¿Qué obra teneis en el repertorio para esta noche?

—*La venganza de Polichinela*, dijo Zafiro.

—Vuestra última creacion ¿no es verdad?

—Sí, señora marquesa, la que mejor me sienta, particularmente la escena de los garrotazos donde yo me arrastro lanzando dolorosos gritos, que forman la parte mas sublime del género grotesco.

Zafiro pronunció estas últimas palabras con voz tan suave y al mismo tiempo tan irónica, como que la marquesa le estuvo mirando silenciosamente por algunos segundos, cual si quisiera leer en su pensamiento.

Lucrecia tiró del cordon de una campanilla, y apareció inmediatamente en la galeria un negrillo de doce años, vestido de damasco carmesí y cubierto con una toca erizada de plumas de avestruz, como los diablillos de los sueños de las hadas.

La regencia de Tunez esportaba á la sazon á Italia grandes cantidades de esos hombrecillos de ébano. Las hermosas florentinas se hacian seguir en el paseo por un negrillo con un quitasol, bien así como las raquíticas y friolentas galgas que seguian á las parisienses de la decadencia...

—Iris, dijo Lucrecia, acompañad á las señoras á sus aposentos, que ya está avisada mi camarista.

—Gracias, señora marquesa, dijeron á un tiempo las dos hermanas.

Zafiro hizo un movimiento para retirarse, esto es, una falsa salida, como se dice en términos teatrales.

© Biblioteca Nacional de España

Zafiro pronunció una carcajada estrepitosa. (Pág. 63, col. 1ª.)

Detúvole Lucrecia con un gesto, y sentándose la primera en el sofá, invitó al cómico á sentarse á su lado.

—Perdon, señora marquesa, dijo nuevamente Zafiro, si insisto, pero...

—Pero yo creo que no me negareis una conversacion de algunos minutos, interrumpió severamente Lucrecia... Nada temais, porque mi público será indulgente, y aunque tenga que esperarse no romperá las sillas.

—Veo con satisfaccion, continuó diciendo la marquesa tras un rato de silencio, que no se equivocaron los que me digeron que profesais un amor muy profundo á esas dos muchachas.

—Esto es muy natural, señora marquesa, como que soy su único pariente y amigo.

—Pero ¿no quereis con preferencia ninguna?

—No señora, dijo muy naturalmente Zafiro. Dios me ha dado dos hermanas gemelas, y mi corazon no distingue entre una y otra.

—Sois demasiado jóven, Zafiro, para tutor, dijo la señora Alberti, no porque seais incapaz de comprender toda la importancia de los deberes que os habeis impuesto, sino porque estos deberes que no corresponden á vuestra edad, ofrecen un obstáculo á vuestro porvenir, levantando una barrera entre el mundo y vos.

—Aunque con rubor, señora marquesa, confieso que no se me alcanza lo que puede haber de comun entre Polichinela y el mundo.

—Precisamente por esto no me dirijo á Polichinela, dijo Lucrecia fijando en el jóven una mirada profunda y ardiente, sino al hombre de corazon, al artista que por el exagerado cumplimiento de un deber ó por un temor infundado se ha separado del camino que le conviene. La miseria y el desaliento podian inspiraros una resolucion desesperada, porque estais solo y careceis de apoyo; pero si desaparecen todos estos temores, si se asegura el porvenir de vuestras parientas, y si se os ofrece la proteccion que necesita vuestro naciente genio, borrareis hasta el recuerdo de lo presente, realizando los ensueños de la juventud y las risueñas esperanzas de gloria y de fortuna. Decid una palabra, Zafiro, y esta idea de ventura será una realidad. El nuevo palacio Alberti está aun por concluir, como que todavia faltan dos años de trabajo, particularmente por los techos y pinturas del fresco que pueden hacer famoso el nombre de un artista. Sed este artista, amigo mio, y lo que quiere haceros rico y feliz no pedirá otra cosa que el permiso de pasar algunas horas cada dia en vuestra compañia para admirar las maravillas creadas por vuestro pincel.

Lucrecia pronunció esta palabra con una espresion tan apasionada, que Zafiro comprendió que el peligro era mayor que le habia parecido.

Antes de contestar se recogió por un momento, y echando á la marquesa una mirada de resignacion y melancolía, dijo:

—Mi vida seria insuficiente para ganar una oferta tan generosa, señora marquesa, pero me es imposible aceptarla.

—¿Y por qué? preguntó Lucrecia con impaciencia.

—Seria indigno de vuestro interés si me portara con disimulo, dijo Zafiro con un acento de verdad que estuvo á punto de alucinar á la marquesa.—La primera vez que pisé las tablas del teatro Pasquarello, me pareció que mi corazon iba á desgarrarse, que la vergüenza me mataba. Inmóvil, mudo y trémulo en presencia de aquella muchedumbre que me miraba riendo, concluí por dominar aquella impresion terrible, pero tan solo por un efecto sobrenatural de mi voluntad. Al salir del escenario entre los vítores y los aplausos, caí sin sentido, y por espacio de diez noches consecutivas me sobrecogió la fiebre y aun el delirio; y aunque comprendiendo que la empresa era superior á mis fuerzas, quise retirarme, no pude hacerlo, porque ya no me pertenecia, porque ya no era hombre, sino títere; el Polichinela de Florencia.—No me quedaba otro recurso que la cárcel ó el tablado, y ¿en qué términos podré espresaros la revolucion de que fue víctima mi alma cuando fuí sintiendo paulatinamente el poder magnético que me proporciona actualmente el imperio sobre la muchedumbre? Yo no sabia lo que era el triunfo, porque era un pobre artista de la legua; pero aquellas carcajadas, aquel aplauso, aquellas coronas, todo me llenó de entusiasmo, y así fue como eché en olvido á Rafael, al Ticiano y al Albano para vivir con Mezzetin, Casandra y Scaramucha... Por último, señora marquesa, yo soy aficionado á mi oficio, y aun me envanezco por ello, como que no le trocara por otro, por grande y glorioso que fuese.

—Corriente, dijo Lucrecia tranquilamente, comprendo y escuso vuestra ilusion; pero se trata de otra cosa que no os corresponde personalmente...

—¿Cual es? La de mis primas?

—Precisamente; pero debo preveniros, mi querido Zafiro, que en este punto no me contentaré con paradojas artísticas.

—Paréceme sin embargo que la actual situacion de esas niñas no ofrece ningun peligro, porque Fiamma y Candida cuentan con los recursos que les suministra su talento.

—Lo creo, pero hay un medio infinitamente mas seguro de asegurarles el porvenir.

—Qué medio es ese?

—El matrimonio.

—¡El matrimonio! esclamó Zafiro riendo á carcajada tendida.

—No es broma, amigo mio: hablo con formalidad, replicó la marquesa con cierto aire de orgullo.

—¡El matrimonio! continuó diciendo Zafiro entre las mas estrepitosas carcajadas. Pues seria muy gracioso ver casada á la señora Candida Frascator, tan generosa, callada, necia y golosa. ¡Vaya un hermoso presente para un pobre diablo!

—Parece que estais empeñado en elogiar á esa muchacha.

—Por lo que hace á Fiamma, continuó resueltamente Zafiro levantándose, es muy diferente, pero conozco que profesa un odio irresistible al matrimonio.

—Y ¿quién sabe si vos mismo le habeis inspirado una resolucion tan desesperada, ó por mejor decir, tan funesta para los infelices que se han enamorado de sus hermosos ojos?

—No por cierto.

—Entonces no tengo inconveniente en hablaros de un jóven á quien quiero proteger.

—¿Casándole con Fiamma?

© Biblioteca Nacional de España

—Efectivamente... Ese jóven oficial... Pues aunque es oficial... no es impedimento para... Ese jóven oficial quiere mucho á nuestra prima.

—¡Pobre muchacho!

—No teneis razon, porque es correspondido, replicó lentamente la marquesa observando la fisonomía de Zafiro.

—Imposible, dijo este con energía.

—¡Ah! ¿tanto conoceis el corazon de vuestra hermosa parienta para saber todo lo que se oculta entre sus pliegues?

—Y ¿cómo se llama ese buen mozo?

—Dominico.

—Pero ¿creeis acaso, esclamó Zafiro concomiéndose, que estoy dispuesto á sacrificar el porvenir y la felicidad de mi prima entregándola á un aventurero?

—Un aventurero cubierto de gloria y de zequines.

—Un calavera que en tiempo de mi tio...

—De Polichinela I.

—Pasaba todas las veladas en el teatro Pasquarello.

—Es claro: para ver á la que amaba.

—Y todas las noches en la taberna.

—Sin duda para ahogar su amor y su cuita en el vino de Marsala.

—No lo permitiré jamás.

—Pues vamos, no se hable mas de ello, dijo desesperada la marquesa. Desgraciado he estado esta noche en mis proyectos. Zafiro, recobrad vuestra libertad.

—Creed, señora marquesa, dijo el empresario inclinándose humildemente ante Lucrecia, que jamás echaré en olvido la proteccion que quereis dispensarme á mí y á mis hijas adoptivas.

—No; mejor será que lo olvideis, repuso Lucrecia con desdeñosa sonrisa.

IV.

Antes de acontecer esta singular aventura con Zafiro, la marquesa habia celebrado una conferencia bastante larga con el novio de la hermosa Fiamma.

Lucrecia habia prometido á Dominico que pediria en su nombre la mano de la cómica, y Dominico habia jurado por Hazan que si su tutor era bastante feroz para negársela, se llevaria la novia de grado ó por fuerza.

—No deseaba otra cosa la señora Alberti.

Panfilio, Bustamante y Mandola debian formar un cuerpo de reserva para favorecer el proyecto.

Sin embargo la marquesa deseaba que la señora Fiamma consintiera en el rapto, porque de esta suerte quedaba cubierta su responsabilidad, y el efecto moral producido en el ánimo de Zafiro era mucho mayor.

El diablo, que no duerme, lo dispuso todo tan á pedir de boca, como que satisfizo por completo los deseos de Lucrecia.

Aunque estrañaba las protestas de la marquesa, Dominico, que manejaba mejor la espada que la lógica, no comprendió que se constituia en simple instrumento de la venganza de Lucrecia. Esta procuró encender en su alma todo el furor de los celos y le puso aquella venda de necedad y de absurdo que ciega á todos los enamorados.

No bien habian trascurrido diez minutos desde la salida de Zafiro, la marquesa fue al encuentro del jóven alferez en el pabellon de la azotea.

En el mismo momento y como impelida por un presentimiento secreto, Fiamma, que acababa de disfrazarse de Leandro, bajó á la azotea para respirar la brisa vespertina y estudiar su papel.

La marquesa refirió rápidamente á Dominico la manera con que el señor Polichinela habia recibido su demanda, citando testualmente la malévola prosa de que habia hecho uso para formular su negativa.

Dominico comenzó por enfurecerse, y juró por el gran sultan que cortaria las orejas á aquel bribon, mas esta amenaza solo asustó, y aun no mucho, á Lucrecia, pues es muy sabido que los moros de Salé son los únicos que tienen el privilegio de desorejar á la gente.

—Ya lo veis, amiguito, continuó diciendo la marquesa con aire de conviccion; un medio basta solamente para alcanzar á la que amais.

—¿El rapto? Ya se ve, pero ¿consentirá Fiamma en seguirme? Yo la conozco á fondo, y se que ella se cree dotada de voluntad y firmeza; pero lo que en realidad tiene es obstinacion y cólera.

—¿De veras? dijo con despecho para sí la hermosa cómica, que hacia cinco minutos que estaba escuchando á los dos conspiradores, apoyados en una estátua del dios Pan.

—Vamos á ver, dijo la marquesa ¿os quiere ella?

—Harto lo sabeis, señora marquesa, respondió Dominico: once meses de ausencia son mucho tiempo.

Así la marquesa como la cómica se echaron á reir.

—Vamos, replicó Lucrecia, no hay que desesperar. Ahora teneis el grado de alferez, traeis una dote muy apreciable, y la señorita Fiamma no es ingrata ni olvidadiza.

—¡Quisiera Dios que ella os oyese, dijo suspirando Dominico, bien convencido de qué quedaba cumplido su deseo.

—Vamos por partes: voy á llamar á Iris para que vaya á decir á la señora que la estoy esperando.

—No, dijo el jóven interrumpiendo ¿qué necesidad hay de semejante ardid? Basta con decirle por lo bajo que Dominico ha llegado y que desea verla, pues estoy seguro que vendrá.

—No andais desacertado en ello, dijo en este punto Fiamma golpeándole el hombro.

Y la marquesa lanzó un grito de terror.

—¡Fiamma! esclamó Dominico abrazándola.

—Ya lo veis, dijo azorada la marquesa.

—Apesar mio, señora, dijo la cómica: sentada estaba en aquel banco cuando me sobrecogió la voz de Dominico, y al oir que hablaba de mí, he resuelto quedarme.

—Y ¿consentis en el rapto? preguntó la marquesa.

—Sí, dijo Fiamma resueltamente, pues aun no hace ocho dias que Zafiro me ha engañado villanamente. Yo le recordé la promesa que habia hecho nuestro tio á Dominico, y me aseguró que estaba dispuesto á cumplir aquella promesa.

—Ya veis el caso que debe hacerse de tales juramentos.

—Pues yo sabré obligarle á cumplir su palabra, dijo Fiamma con aire de despecho.

—¿Vamos á partir? preguntó Dominico con entusiasmo.

—Eso no, Dominico: sino lo habeis de llevar á mal, partiré sola, pues aun no podemos ir juntos hasta que seamos casados. Dentro de una hora, esto es, durante la representacion, emprenderé la marcha con tal que la señora marquesa renuncie á la satisfaccion de oir la *Venganza de Polichinela* y se sirva facilitarme una silla de posta.

—Y ¿adonde ireis? preguntó inquieto Dominico.

—Iré á pedir hospitalidad para cuatro dias á la señora Caravage, que es mi madrina y que con mucha satisfaccion recibirá en su casa al señor Dominico, si este llega á presentarse.

—Pero ¿y Zafiro? preguntó la señora marquesa.

—Zafiro recibirá un billete donde le anunciaré brevemente que he salido para Venecia con el pobre Dominico. De pronto mi querido primo gritará como un sordo; pero luego echará á correr por las calles de Florencia en busca de nosotros, y concluirá por consentir en un casamiento que los amigos le presentarán como una reparacion necesaria. El barigel firmará nuestro contrato, y la señora Caravage declarará solemnemente que no he salido de su casa desde la noche en que se representó por última vez la *Venganza de Polichinela*. Yo no sé si tengo voluntad y firmeza; pero si creo saber bastante bien el oficio de cómico.

—Valeis un potosí, caballero, dijo la marquesa radiante de júbilo.

Aturdido, fascinado y alucinado por la volubilidad con que su novia acababa de trazar aquel plan de batalla, Dominico quedó tan alegre y mudo como la estatua del dios Pan, que continuaba soplando en su flauta de piedra.

V.

Hemos dicho que la representacion debia verificarse en la galería principal de la villa Alberti.

Mientras la marquesa y nuestros dos enamorados estaban platicando en la azotea, Zafiro hacia colocar las pintadas mamparas, encender las velas y correr las cortinas que hacian de telon de boca.

Centelleaban las arañas en el techo, y en medio de la galería se contoneaban cuatro espectadores arrellanados como canónigos en otros tantos sillones.

Media hora despues la marquesa entró en la galería con sus tres amantes.

Despues de un mal bolero, tocado en un clavicordio por una especie de maese Jaime que estaba al servicio de la marquesa, se levantó el telon, ó por mejor decir, se descorrieron las cortinas.

El teatro representa una sala con puertas laterales, una ventana en el fondo, y un número mas que suficiente de sillas y mesas. Sale Candida con una palmatoria y un peinador.

ESCENA PRIMERA.

PULCINELLA.

Acaba de indicar las doce de la noche el cuchillo criminal: entremos en este gabinete, que Laertes va á llegar. (*Abriendo la ventana.*)

¡Qué noche tan oscura! La hora y la noche todo es á pedir de boca; pero... tengo miedo... Me parece que viene ese zeloso... (*Pulcinello está roncando entre bastidores*).

Es su nariz: bien. La puerta del jardin está abierta, y Laerte me ha dicho: «Esta noche, si oyes los armoniosos acentos de una trompa plañidera, no procures averiguar quien la toca, porque la trompa será la mia, y el artista seré yo Y para que tu amante no se estrelle en alguna pared, pondré alguna luz en la ventana. (*Oyese una trompeta de caza*)

¡Qué trompeta! es él, es él: no debo ser cruel; hagamos lucir á sus ojos la esperanza de una vela. (*Coloca la palmatoria en el balcon*)

ESCENA II.

PULCINELLA, LAERTES, *entrando por la ventana.*

LAERTES.

Angel mio... y ¿tu marido?

PULCINELLA.

Habla quedo: mi marido está durmiendo.

LAERTES, *escuchando á la puerta de la izquierda.*

Entiendo: con que le hiciste tragar la dosis que te entregué ayer? Bien está, querida mia, pero ¿estás muy segura de que no puede interrumpir nuestra plática? (*Deja el sombrero, los guantes y la espada en tres sillas diferentes.*)

PULCINELLA.

¿Qué es lo que temes? ¿Ignoras acaso mi prudencia?

LAERTES.

Y luego si viniera, ya puedes conocer qué chasco... Pero ven aca, morenita mia..... ¡Hola! ¿qué ruido es ese?

PULCINELLA.

Nada, será algun raton.

LAERTES, *asustado.*

¡Un raton! Si ratones hay, debia haber puesto de guardia algunos gatos. Voy en busca de uno. (*Sale por el balcon*)

En este momento aparecen por la puerta de la izquierda un zueco y una joroba.

Sale Polichinela.

Me creo obligado á suspender la relacion de esta *interesante* comedia para señalar la inmensa carcajada con que fué recibida esta aparicion.

Zafiro llevaba una mascarilla de resorte tan bien

© Biblioteca Nacional de España

pintada, que era imposible contemplar con seriedad aquella nariz granujienta y aquella barba arremangada.

ESCENA III.

PULCINELLO, PULCINELLA.

PULCINELLO, *frotándose los ojos.*

Muy mal he roncado: no parece sino qué he soñado que comia azúcar. (*Vé á su mujer*)

¡Hola! gicela mia ¿dónde diablos está la botella? (*Buscando da con los guantes que Laertes se habia olvidado*) ¡Oiga! ¡Por Baco! ¿Qué máquina viene á ser esa?

PULCINELLA, *aparte.*

¡Cielos! ¡Los guantes de Laertes!

PULCINELLO.

Parece que alguien se ha desnudado en mi casa. ¡Pues no ha ido poco aprisa!

En este momento pasa corriendo una silla de posta, haciendo vibrar los cristales de las ventanas y poniendo las arañas en movimiento.

PULCINELLA, *escusándose.*

Son unos guantes que me ha dejado una parroquiana.

PULCINELLO, *con energía.*

¡Tú eres la parroquiana!

PULCINELLA.

¡Yo!

PULCINELLO, *que continua sus investigaciones.*

¡Una espada! ¡Un sombrero! Estoy aturdido. (*Cae desmayado en una silla con los ojos cerrados y la boca abierta.*)

PULCINELLA.

He aquí un momento favorable para echar mi carta en el buzon del correo. (*Le mete la carta en la boca y huye.*)

PULCINELLO, *ahogándose.*

¡Crrrr!

Despues de media docena de gestos, Pulcinello acaba por romper el sobre.

La carta estaba escrita y firmada por Fiamma.

El cómico vaciló como un hombre herido de muerte.

Arrancóse furiosamente la mascarilla, y Cándida se precipitó de nuevo al escenario esclamando:

—¡Zafiro! ¡Primo mio!

—¿Qué ocurre? dijo la marquesa levantándose.

Zafiro jadeando miró en torno de sí como atontado; mas habiendo fijado la vista en el semblante de Lucrecia, prorumpió en una carcajada estrepitosa y cayó al suelo víctima de un violento ataque de nervios.

—¡Dios mio! ¡Se vuelve loco! esclamó desesperado Mandola.... ¡Qué desgraciado soy, querido Bustamante! He aquí interrumpido de nuevo el *Hilo de Ariadna*.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuacion.)

Desde que salí de la casa de la familia Napukine; no he tenido fuerza para continuar este diario. Hoy quiero continuarlo, pero trazando á la ventura las primeras impresiones que me ocurren. Desde luego recuerdo que aun no he dicho una palabra de la princesa Nazumoi, mi nueva protectora.

La princesa Ana Nazumoi es una mujer de unos treinta años, ingeniosa, agraciada y en todo estremo hermosa. La primera vez que la ví estaba saliendo de su *bog*, que así se llaman los oratorios domésticos. En ellos hay el santo que elije cada familia como protector suyo, con otros santos de menor importancia; y como que en la Biblia hay un pasage que dice: *No esculpirás imágenes*, los rusos observan escrupulosamente esta regla, aplican á las imágenes pintadas un ropage de oro y plata dejando solamente de manifiesto la cabeza y las manos para darles las apariencias de la escultura. El santo recibe el nombre del sitio en que se halla. Cada casa tiene su bog, que suele ser de madera pintada, pero adornado y hermoseado segun la fortuna de la familia. Nuestro bog está enriquecido con diamantes y piedras preciosas, y en todas partes brillan el oro y la plata. Los dias de fiesta se encienden los cirios, que son delgados por el pié y anchos por la parte superior, al contrario de los nuestros, que de arriba abajo ofrecen las mismas dimensiones, y el bog aparece completamente iluminado. Los rusos han dado en suponer que estos cirios son el emblema de las miradas que los santos echan á la tierra. Por último los bogs traen á la memoria los dioses Lares de la antigüedad, pues se los respeta hasta tal punto, como que nadie se atreve á tomar tabaco en su presencia.

La princesa Nazumoi me ha recibido con mucha amabilidad, y habiéndole yo preguntado si queria darme á conocer inmediatamente á mi futura alumna, me ha contestado llamando á uno de los innumerables criados de su casa y diciéndole:

—Basilio, decid á Akulina que la estoy esperando.

A los pocos minutos se ha presentado Akulina, que es una robusta campesina que estaba amamantando á una niña.

—Esta es vuestra alumna, señorita: ya veis si es jóven y si tendreis tiempo de adquirir algun influjo y dirigirla como mejor os parezca.

—Señora, esclamé con sorpresa, hasta dentro de cinco ó seis años vuestra hija no tendrá necesidad de preceptora.

—Es que tampoco os he llamado precisamente para desempeñar este cargo.

—Pues ¿para cuál?

—Voy á decirlo; pero antes es preciso que sepais, señorita, que soy víctima de una enfermedad terrible, perpétua é incurable, que se llama fastidio. Yo tengo para mi que es una enfermedad hereditaria, porque mi madre, poco antes de morir, me dijo: «Ana, los médicos han dado en decir que no conocen mi enfermedad, y yo lo creo muy bien, porque lo que me mata, no es la enfermedad, si no el fastidio. Cuenta por tanto con ser víctima de esta plaga que acarrea la muerte á tantas personas.»

En efecto, añadió la princesa, el fastidio reina actualmente entre nosotros en el estado endémico y epidémico, como dicen los médicos. Nos ahogamos bajo el peso de esta atmósfera que gravita sobre nosotros, y es necesario que de vez en cuando respiremos otro aire.

En virtud de esta necesidad nos dirigimos á vuestro pais para recuperar las perdidas fuerzas, y si me casé fué solamente para viajar. El príncipe Nazumoi reunia en mi concepto todos los títulos posibles para obtener de la corte un pasaporte, porque jamas ha tomado parte en ninguna empresa, sino es en hacer colecciones; pero por un capricho inesplicable el czar anterior le negó con una perseverancia encarnizada el permiso de salir de Rusia, y aunque yo creia que el nuevo reinado nos seria mas favorable despues de la guerra, hice sondear diestramente las intenciones de Alejandro II en este punto, y su respuesta no fué ciertamente muy propicia. Estoy por creer que la política rusa se ha propuesto impedir los viajes á la familia Nazumoi, y acaso concluya por decirse que el testamento de Pedro el Grande contiene una cláusula particular para este objeto.

No pudiendo ver á Paris, por lo que me desvivo desde mucho tiempo, deseaba tener en mi compañía alguna persona que me hablase de aquella ciudad, y por esto pregunté á madama Ermolai, mi parienta, si conocia en San Petersburgo alguna preceptora para mi hija, pero una preceptora francesa, y aun parisiense. Vos podreis distraerme hablándome de vuestra patria; ¿habeis estado alguna vez en Mabile? Dicen que Pomaré ha sido destronada por una tal Frisette, sino me engaño.

—No señora, respondí; no he estado nunca en Mabile, ni tampoco conozco á las personas de quienes hablais.

—¿Soliais acaso ir al Castillo Rojo, adonde iba tambien, segun creo, Rosa Pompon? A ver; decidme como bailaba el cancan.

¡Hacerme esta pregunta á mí, que no habia bailado desde la última fiesta de Santa Catalina que se celebró en el colegio! Yo no sabia verdaderamente que responder; pero por fortuna se presentó en aquel punto un criado para anunciar á la condesa de N.... Esta señora iba á convidar á la princesa, íntima amiga suya, para una reunion que debia dar al otro dia y en la que debian presentarse Tétard y Neuville, que acababan de llegar de San Petersburgo, para cantar varias letrillas cómicas.

—¿Conoceis á esta señora? me preguntó la princesa cuando hubo salido su amiga.

—Me parece que su nombre no me es desconocido, ó que por lo menos es bastante conocido en Europa.

—Es la heroina de la *Dama de las perlas*. Ya sabeis esta famosa novela que...

—No la he leido.

Miróme la primera con admiracion, y observé en sus labios una sonrisa de desprecio. Acaso me hubiera perdonado la ignorancia en que me hallaba del cancan, ó la circunstancia de no conocer á las señoritas Pomaré y Rosa Pompon, pero ¡no haber leido la *Dama de las perlas!* No dejé de advertir que esto solo me habia desacreditado completamente para ella.

El príncipe Nazumoi es un hombre de presencia bastante gallarda, diez años mas viejo que su mujer, muy aficionado á la arqueología, y presidente de la sociedad de los anticuarios de Moscou. Ayer estaba redactando una memoria relativa al sitio en que debió de verificarse la ejecucion de los strelitz, para leerla en la sesion solemne que hoy se ha celebrado y á la cual he concurrido. Al salir de la sesion, el príncipe, la princesa, muchos amigos suyos y yo hemos ido á reconocer el sitio en donde tuvo lugar aquella ejecucion espantosa.

Este sitio es un espacioso campo situado en el barrio Preobajinskoi, que en otro tiempo era una aldea de la cercanías de Moscou, pero que por último ha llegado á incluirse en la ciudad. La milicia de los strelitz, que por su organizacion y espíritu de cuerpo se parecia mucho á la de los genízaros, constituia la fuerza y el nervio del imperio por su valor, y sus contínuas rebeliones hacian temblar á los emperadores. Aquellos pretorianos del norte en ciertas épocas llegaron á disponer de la corona, pero Pedro el Grande resolvió sustraerse á su yugo, y no vaciló en emplear el esterminio, que era el único medio que podia conducirle á su objeto. A la edad de diez años Pedro I habia visto asesinado en sus brazos por los strelitz al ministro Matukoft, que habia cifrado su salvacion en la presencia del soberano, y aunque el czar no olvidó jamás aquel asesinato, no quiso vengarle hasta que se vió con fuerzas suficientes. No era fácil quitar de enmedio á los strelitz, porque aquellos turbulentos soldados eran en Rusia muy populares: así era necesario precisamente crear una fuerza que pudiera secundar al emperador en su tentativa, y el czar halló esta fuerza en un núcleo de tropas estranjeras, que por ser poco numerosas no escitó la suspicacia de los strelitz. Aquellas tropas estranjeras se fueron engrosando paulatinamente, y al principio formaron algunas compañías á quienes consideraban los strelitz como un medio de que se valia el emperador para entretenerse ó iniciarse en los ejercicios militares modernos. Tan pocas sospechas escitó á los strelitz la existencia de aquel cuerpo, como que por curiosidad asistian á sus maniobras y aplaudian al emperador, apesar de la repugnancia que inspiraba á su amor propio nacional el uniforme estranjero que llevaba. Rusia y Turquía estaban en guerra cuando aquella especie de guardia llegó á componerse de doce mil hombres, que estaban acuartelados en Moscou en tanto que los strelitz se estaban batiendo contra los otomanos en los diversos puntos de la frontera. El czar habia mandado á sus generales que los colocaron en los puntos mas peligrosos, que los espusieran sin consideraciones, que los abandonaran en el campo de batalla, y que los sacrificaran

© Biblioteca Nacional de España

Menschikoff se muestra tan gracioso y complaciente, como que Pedro quiso conservarle en su compañia. (Pág. 64, col. 3ª.)

cuando fuese posible para disminuir su número, y así es que cuando Pedro I llegó á su mayoría, y fué á visitar los principales estados de Europa, los strelitz, que al principio eran cincuenta mil, quedaban reducidos á diez y siete mil. Durante la ausencia del czar, los strelitz se rebelaron, mas el general Gordon los batió sucesivamente en dos encuentros matándoles unos diez mil hombres y diezmando los restantes. A la noticia de aquella revuelta, el czar se restituyó á su pais, y conociendo que Gordon habia sido demasiado indulgente, porque á su juicio habia llegado la hora de acabar definitivamente con los strelitz, espidió una sentencia imperial que los condenaba á muerte en masa. En aquella sazon los strelitz eran aun siete mil.

Alzáronse numerosas horcas en un espacio empalizado para ahorcar á dos mil hombres. Apenas hubo penetrado el czar en el recinto con los principales cortesanos, empezó la ejecucion: los granaderos de la guardia, convertidos en verdugos, ataron los strelitz á la horca por grupos de diez; el czar los iba contando con el dedo, y cuando se hubo completado la suma de dos mil, se colocaron unos maderos largos en frente de cada horca para hacer con el hierro lo que acababa de hacerse con la soga. Armase el czar haciendo armar igualmente con un hacha á sus cortesanos, y poniendo manos á la obra, el emperador da el ejemplo para que cada cual trabaje de continuo hasta haber derribado cien cabezas. El gran canciller del imperio, el gran almirante Apraxine, Menschikoff y Dolgorucki se cansan á fuerza de cortar cabezas, y al cabo de pocas horas se echaron cinco mil en varios chirriones para fijarlas en otras tantas estacas de hierro y esponerlas en las murallas del Kremlin. A la muerte de Pedro I, que no me atrevo á llamar el Grande, se las veia aun en cierto número, y el príncipe Nazumoi muestra á los curiosos una que tiene en su gabinete de antigüedades, suponiendo que la cortó el mismo czar con sus propias manos.

Los strelitz estaban casados en su mayor parte, pero sus mujeres y sus hijos fueron trasportados á los desiertos del Oural, donde perecieron de hambre y de frio. Este episodio de la historia de Rusia puede sugerir una idea de sus costumbres: al pisar aquel campo de suplicios, que en la actualidad está cubierto de yerbas parásitas, me parecia estar manchada de sangre, y aun en el dia hay algunos puntos remotos del imperio donde se observa una pirámide de piedra en la que el czar Pedro I llamado el Grande mandó grabar la terrible sentencia que hizo morir á cinco mil hombres en pocas horas. En el patio de nuestro palacio hay una de aquellas piedras, porque el príncipe Nazumoi la hizo traer á mucha costa desde el fondo del gobierno de Orel, en donde posee muchas tierras. Si hay arqueólogos fanáticos, el príncipe es indudablemente de los mas intrépidos, porque está empeñado en recoger cuanto se refiere á la historia de los hombres mas célebres de Rusia. No hace muchos años que emprendió un viaje á Siberia para descubrir el paradero de los objetos que habian servido para amueblar la cabaña del famoso Menschikoff, á cuya familia está unido por vínculos de afinidad, y de aquel viaje trajo un somavar viejo (que así se llama el recipiente donde los rusos preparan el té, que es su bebida favorita), y un reumatismo que cada invierno le tiene uno ó dos meses en cama. El príncipe Nazumoi se complace en referir la historia de Menschikoff, y á mi me ha parecido oportuno continuarla, porque en mi concepto manifiesta en vivos colores lo que es en Rusia la vida política y el porvenir que les está reservado á los infelices que se ven desterrados á Siberia.

Dos siglos hace que en la plaza del Kremlin se veia la tienda de un pobre pastelero que fabricaba tortas de alforfon para uso de los mujicks, de los strelitz, de los lacayos y de otros golosos generalmente de pocos haberes. El pastelero tenia un hijo de doce años, muy ingenioso, despierto, maligno y agudo, que colocando sus tortas en una tabla recorria continuamente el Kremlin é iba de patio en patio para vender los pasteles paternos. Aquel pastelerito ambulante debia poner dos veces la corona sobre la cabeza de una emperatriz, gobernar el imperio como ministro y como regente, casar á su hija con el czar, y presentar con el nombre de Menschikoff uno de los ejemplos mas brillantes de los favores y de los estragos de la fortuna.

Pedro, que era hijo de la emperatriz y que á la sazon tenia unos doce años, solia asomarse á las ventanas de palacio para distraerse, y no pocas veces habia presenciado las travesuras del gracioso mercader de tortas. Cierto dia un strelitz estaba maltratando á aquel muchacho por alguna picardigüela, y despues de haber intimado al brutal soldado que cesara en sus atropellos, Pedro hizo una seña á la víctima paraque subiera á palacio. Menschikoff deja su cesto en un recanton, obedece sin vacilar y se muestra tan gracioso y complaciente, como que Pedro quiso conservarle en su compañía; pero no hay necesidad de ponderar la admiracion que se apoderó del padre de aquel muchacho al ver á su hijo sin las *tortas* y vestido de page del emperador.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VARIEDADES.

La vida. — Máximas de hombres célebres.

La vida no es mas que el sueño de un desvario. – *Pindaro.*

La vida se reduce á la meditacion de la muerte. – *Sócrates.*

Morir equivale á tornar á su patria. – *Aristóteles.*

Todos muriendo en lágrimas vivimos.
Desde que en el nacer todos lloramos. – *Quevedo.*

Lo que llamais morir es acabar de morir, y lo que llamais nacer es empezar á morir, y lo que llamais vivir es morir viviendo. – *Idem.*

La muerte no es pena, sino ley; es mandamiento de soltura para el alma, que deja estos gusanos que la sirven de grillos, y esta ceniza á que está amarrada. – *Id.*

La vida es á la vez una comedia y una tragedia; mirada bajo el primero de estos aspectos, no puede tener mas enredo ni argumento que nuestra locura; mirada bajo el segundo, no puede caberle otro desenlace que la muerte; y como ella participa de la naturaleza de estos dos dramas, está mezclada de placeres y dolores. – *Un discípulo de Platon.*

LIBRERIA DE J. VERDAGUER, RAMBLA, Nº 5.

Imprenta de J. Oliveres y M.

© Biblioteca Nacional de España